

DOS PUENTES EN MALVINAS

Omar Tisocco



Capítulo 1

DOS PUENTES EN MALVINAS



Malvinas, año 1982.

Había finalizado la guerra.

Un grupo de soldados argentinos esperaba, cerca del muelle, el momento de abordar el barco que los traería de regreso al continente.

Eran los derrotados.

Un grupo de soldados ingleses vigilaba que esto sucediera sin incidentes.

Eran los victoriosos.

Nada hubiera ocurrido si a ese soldado inglés de mediocre graduación y gran aburrimiento no se le hubiera ocurrido provocar a los argentinos diciéndoles en un mal castellano:- ¡MARRACOS!-

Nada hubiera ocurrido, si a uno de los soldados argentinos de gran fastidio y agotamiento no se le hubiera ocurrido preguntar:- ¿Qué dijo, el coso ese?-

-¡Maracas!- le tradujo Felipe, el otro argentino que estaba al lado, junto a los muchos otros que estaban allí y que también habían escuchado el insulto.-

-¿Y pa que quiere maracas, el abombáu ese, si todavía no es carnaval?-

-¡Nos dijo maracas a nosotros! ¡Nos trató de maricones!-

-¿Por?-

-Porque perdimos, Juan, por eso.-

Entonces, Juan, un rústico Correntino que apenas sabía leer, reaccionó sin miramientos y se apartó del grupo de prisioneros quedando a pocos metros del inglés que los había insultado y ofreciendo un excelente blanco y pretexto para que lo colaran a balazos, pues todas las armas británicas presentes apuntaron como resortes hacia él.

-¡Yo te viá dar, maracas, gringo e mierda! ¡Dejá ese chirimbolo con el que me estás apuntando y peliá conmigo como hombre, añá membuý!-

Un soldado inglés que era estudiante avanzado del idioma español, se acercó a su nabo compatriota para asistirlo en el entendimiento de aquella acalorada respuesta. Y lo hizo, por una parte, con la buena intención de evitar que aquel nuevo conflicto ocasionado por su compañero se convirtiera en un baño de sangre injustificado y por otra parte (principalmente), porque quería practicar su español muy académico y poco coloquial.

Las expresiones: Chirimbolo y añá membuý, constituyeron para él una dificultad importante al momento de traducir los dichos de aquel ofuscado enemigo de piel trigueña y rasgos típicamente étnicos, pero tras sortearlas con un esfuerzo de imaginación, logró manifestar a su compañero que estaba siendo invitado a pelear cuerpo a cuerpo y sin armas. (Debo agregar que las palabras: "Gringo e mierda" no le eran desconocidas al traductor inglés, pues estaba acostumbrado a escucharlas en cada puerto latino en el que hubo desembarcado. Aunque generalmente, le sonreían al decírselas. Es por ello que aún no podía asegurar si se trataba de una calurosa demostración de afecto o de rechazo. En un cuaderno que llevaba consigo se apuró a anotar "Chirimbolo y Añá membuý" para buscar más tarde sus significados)

Contra todos los pronósticos, el inglés insultador, aceptó el desafío y de inmediato arrojó sus armas al suelo: una ametralladora enorme, un cuchillo también enorme, un cuchillito pequeño y la más peligrosa de todas, una petaquita de Whisky a medio terminar.

Luego, se quitó la ropa de abrigo, la camisa y dejó su musculoso torso al desnudo.

Inmediatamente después, uno de los ingleses suministró dos pares de guantes de boxeo de onzas reglamentarias y el ocasional traductor inglés se acercó a Juan, el argentino desafiante para explicarle con calma y en sufriente castellano, que su camarada de armas aceptaba combatir con él pero en un combate regido por las reglas creadas por Sir John Sholto

Douglas, Maqués de Queensberry.

-¿Lo que? preguntó Juan.

-Según las reglas del boxeo- le aclaró Felipe, el argentino que estaba cerca de Juan.

-Ah,...era eso. ¿Y por qué no me lo dijo así, como me lo decís vos?-

-Porque son ingleses, Juan. Ellos inventan las reglas que nosotros, los boludos argentinos obedecemos.-

Antes de la pelea, el traductor inglés decidió darle al evento un toque más deportivo y decidió encarnar a un conocido anunciante de peleas que había visto muchas veces por televisión.

- ¡Señoras y señores,...Ladies and gentleman!- comenzó diciendo en un idioma y luego en el otro alternativamente.- ¡En la última pelea de la noche (¿Qué noche? Si era de día. ¿Qué última pelea? Si no había habido ninguna, hasta ahora.) En la esquina inglesa: con un peso de 264 libras, el carnicero de Londres, el hacedor de viudas, el vaciador de petacas, Sir John Bridge tercero.-

Y mientras el llamado John Bridge levantaba los brazos y bailoteaba saludando a su público presente e imaginario que lo vitoreaba, Felipe, el argentino que casualmente permanecía al lado de Juan le señaló un detalle que le pareció curioso:

- Mirá, Juan.- le dijo- Ese turro inglés, se llama igual que vos.-

- ¿Tás loco vos? Si yo me llamo Juan Puente y ese loco se llama John no sé cuánto tercero. ¿Y andá a saber pa qué le han puesto tercero al pobre infeliz? ¡Ni que fuera una caja de cambios!-

- Se llama John Bridge, que quiere decir, Juan Puente, en inglés. ¿Entendés ahora?-

-Ah,...así que,... es tocayo el hombre. ¡Mirá vos! ¿Y por qué será eso de tercero?-

-Es su linaje- respondió Felipe.- Seguramente, su abuelo se llamaba así, Sir John Bridge, primero y su padre ha sido, John Bridge segundo, y finalmente, él, que es John Bridge tercero.-

Ya le colocaban los guantes a Juan, cuando al traductor inglés se le ocurrió preguntar por su linaje, es decir cuántos Juan Puente hubo en su

familia antes que él.

Y ese fue el momento en que el argentino reveló el origen de su nombre:

- ¿De qué linaje me hablás, Chamigo? Si yo no conocí a mis padres. A mí me encontraron de recién nacido y abandonado debajo de un puente. Por eso me llamaron así, Juan Puente.-

El improvisado traductor asumió nuevamente su innecesario papel de anunciante y dijo a viva voz:

-Y en este otro rincón, con un peso de 165 libras (es decir, 99 menos que el inglés) el retador argentino, el hijo de nadie, el milagro sudaca, el soldado intraducible, Juan Puente.-

Los soldados de uno y otro bando hicieron una ronda y comenzó la pelea. Pero durante la misma, el inglés descubrió con sorpresa, que el argentino era muy escurridizo y que no podía asestarle ningún golpe pleno, mientras que por su parte estaba recibiendo una gran variedad de directos que no le dejaban ver la pelea que protagonizaba pues todos le acertaban en los ojos.

El inglés era más grande y fuerte que el argentino y sus lanzamientos eran tan violentos que, si hubieran acertado, sin dudas habrían causado la muerte del retador. Pero los mismos solo encontraban el aire helado y nebuloso de Malvinas o eventualmente algún bloqueo que lo sacaba de balance y lo hacía pasar de largo. Ello motivó que poco a poco los compañeros de Juan Puente, que formaban parte de la ronda, comenzaran a gritar: ¡"Ole"! ante cada esquivo y ante cada directo que aplicaba sobre el rostro de Bridge. No faltó quien, imitando a un antiguo locutor de radio, comenzara a relatar la pelea en voz alta, imaginando que el escenario era otro y no esa gélida isla usurpada.

Desde su voz, aparecían las imágenes de una noche de sábado de boxeo en el mítico estadio de Luna Park. Desde su voz, a los púgiles los rodeaba ahora un prolijo cuadrilátero en cuyo alrededor gritaban los fanáticos de uno y otro contrincante. Desde su voz surgía también la propaganda de aquel fernet que había patrocinado a los emblemáticos campeones argentinos.

El momento se volvió nostalgia allá en Malvinas y no faltó el inglés cuya voz se sumó a la del argentino para relatar en ese otro idioma (el de ellos) la misma pelea pero trasladada ahora al estadio de Mánchester, con la presencia de la reina, el primer ministro y el grupo Queens cantando: "Somos los campeones".

Por un momento, el espíritu deportivo hizo olvidar los mezquinos intereses de la guerra y ya no eran soldados enemigos los que estaba allí, sino

amantes del deporte de los puños.

Alguien, uno de los ingleses, se puso en el papel de espontáneo árbitro y comenzó a separarlos cada tres minutos y llamándolos a pelear después de darles uno de descanso.

Otros ingleses por un lado y argentinos por otro (entre ellos Felipe), se convirtieron en ayudantes y entrenadores que los asistían en sus respectivos e improvisados rincones, secándoles la transpiración y dándoles consejos respecto de cómo continuar peleando.

En el caso del argentino, esos consejos se limitaban a la chantada de: ¡Seguí así, flaco, como te enseñé!- Cuando en realidad, nadie la había enseñado nada.

Iban en el décimo asalto y el inglés no había logrado acertar ni una, mientras que su rostro ya exhibía: dos ojos en compota, es decir morados o con aureolas oscuras tipo mapache, un corte en el arco superciliar derecho desde donde manaba un delgado hilo de sangre (producto de repetidos golpes de izquierda) y el tabique visiblemente quebrado tras haber recibido una terrible derecha que lo había hecho tambalear.

Para el inglés, la situación se volvió sumamente irritante y humillante.

Después de una finta en la cual el argentino esquivó un golpe con un simple doblez de cintura, Bridge cayó al suelo, víctima de su propio y torpe impulso.

Y quiso la casualidad de que lo hiciera sobre sus propias armas, esas que había dejado junto a sus ropas cuando aceptara el duelo.

Cuando volvió a incorporarse, lanzó un nuevo mandoble de derecha que el argentino esquivó con un mínimo movimiento de cabeza, pero sin calcular que esta vez, el brazo de su contendiente estaba unos centímetros más largos que antes de caer.

Y que esos centímetros de más estaban hechos de acero muy filoso.

Sorpresivamente, el rostro del argentino recibió una herida cortante que salpicó con sangre a su rival y a quienes lo habían estado alentando cerca de él.

En ese momento, la pelea se detuvo.

Fueron los propios compañeros del tramposo quienes intervinieron.

Uno de ellos le golpeó el brazo armado con la culata de un fusil, y le hizo

caer el cuchillo.

Otros dos ingleses lo sujetaron y convencieron a la fuerza de que se calmara.

Una vez más, la gran potencia colonialista había incorporado tecnología para sacar ventaja en un conflicto. Porque, se quiera o no, un cuchillo, por pequeño que sea, es un producto de la tecnología.

Unas horas más tarde, cuando los argentinos ya estaban subiendo al barco que los traería de regreso a la puerta de atrás de la Argentina, un avergonzado John Bridge en compañía del traductor se acercó a Juan Puente a cuyo lado se encontraba Felipe.

El primero en hablar fue el traductor, quién expresó en castellano, los sentimientos de profunda vergüenza que embargaban al derrotado Bridge, quien por otra parte deseaba estrechar la mano de su gran contrincante y pedir sinceras disculpas por su comportamiento antideportivo.

Seguidamente, John Bridge estrechó la mano de Juan Puente y dijo mirándolo a los ojos:

-I am sorry!-

Juan Puente estrechó con firmeza esa mano ofrecida y mirando también a los ojos al inglés le respondió:

-Que te recontra por las dudas!-

Y el traductor escribió de inmediato en su cuaderno de notas – Que te reeecoontraaa pooor laaas duuuuudas.- para buscar más tarde su significado.

Ambos contendientes volvieron a salvo a sus respectivos continentes.

El inglés, llevando en sus ojos las marcas de varios bifes a la criolla más un corte y una quebrada en su nariz, todo típicamente argentino.

El argentino por su parte, volvió a su país y a la profesión de insipiente éxito que había tenido que abandonar para cumplir con el servicio militar obligatorio que lo había llevado a Malvinas.

iBoxeador!

En la conferencia de prensa que un año después debió ofrecer al periodismo local,

con motivo de haberse consagrado campeón mundial de peso liviano, se presentó vestido con un elegante traje de color gris oscuro.

Una joven periodista alabó su elegancia al vestir.

Por toda respuesta, Juan Puente señaló con una mano su traje y con la otra la cicatriz en su rostro, al tiempo en que respondía:

-Me gusta cómo me queda el corte inglés.-